

A2331

1

OLEGIO CIVIL DEL ESTADO

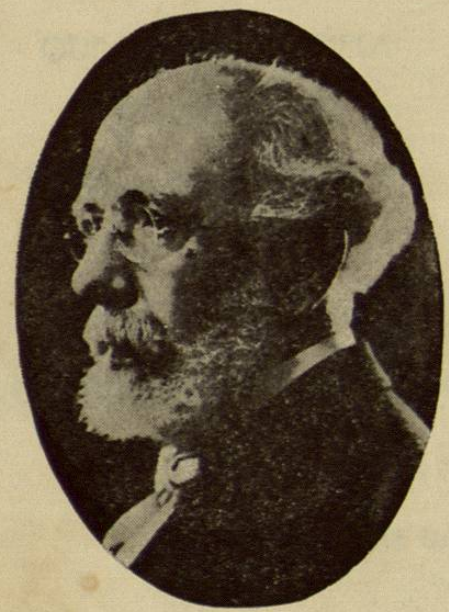
Monterrey, N. L.

LA2331
D3
c.1

FC. OFNL



DATOS BIOGRAFICOS
DE TRES
MAESTROS DISTINGUIDOS



ING. FRANCISCO R. BELTRAN
1862 - 1934



FC. OFNL

(65723)
FUNI

LAZ331
D3

MAESTROS DISTINGUIDOS
DE TRES
DATOS BIOGRAFICOS



BMU Raúl Rangel Frías
UANL
FONDO
UNIVERSITARIO

1937-38

1962-63

H O M E N A J E
QUE RINDE LA ESCUELA
PREPARATORIA No. 3
(Nocturna para Trabajadores)

AL CUMPLIRSE EL XXV
ANIVERSARIO DE SU FUNDACION

Enero 18 de 1963

ING. FRANCISCO R. BELTRAN

EXTRACTOS DE UN TRABAJO PRESENTADO
EN LA ESCUELA PREPARATORIA No. 3
(COLEGIO CIVIL NOCTURNA PARA TRABAJADORES) EL "SABADO CULTURAL" VERIFICADO EL DIA 17 DE NOVIEMBRE DE 1962 POR LA SRITA. PROFA. LILIA VILLANUEVA LOPEZ.

El año 1867 el Dr. Gabino Barreda, propone para México un Plan Educativo basado en la filosofía positivista de Augusto Comte, y en el cual se dan a conocer los ideales de la Burguesía Mexicana. En el positivismo creado por Comte, los positivistas mexicanos supieron encontrar puntos de apoyo para adoptarlo a la realidad mexicana.

En la reforma educativa dada a conocer por Barreda, dice Leopoldo Zea en su libro "El Positivismo en México": "Benito Juárez vió el instrumento que era menester para terminar con la era de desorden y la anarquía en que había quedado la nación".

El país se encontraba en un verdadero caos. La lucha entre conservadores y liberales había terminado y era necesario que éstos se apoyaran en una nueva ideología que fuera diferente desde todos los puntos de vista a la de los conservadores.

Al caer el efímero imperio de aquel iluso que creyó poder reinar en un país que no le pertenecía, los liberales vencedores vieron ante ellos ruina y anarquía.

El Dr. José María Luis Mora, antes de que se conociera el positivismo, afirmaba que "el Estado no debe dar protección a ninguna doctrina, estaba ajeno a su instituto, él está solamente puesto para observar y hacer que sus súbditos

tos observen las leyes". Por eso, cuando Barreda fué llamado por el Presidente Juárez para colaborar en la reforma educativa, al hablar de "libertad de conciencia" encontró en el partido liberal la aprobación y la confianza necesarias.

Emprender la lucha con hombres que aunque se decían anticlericales y apoyaban la Constitución, no podían abandonar sus prejuicios religiosos era dar cabida al desorden, y el Gobierno no quería que continuara la anarquía.

México se levanta de la obscuridad en que había permanecido y ya no le satisfacen los dogmas de la iglesia; era preciso dar una explicación, era preciso investigar, y para eso no bastaba la teología, pues no podía dar una solución satisfactoria; tendría que darse paso a las Ciencias Naturales para la explicación de los fenómenos de la naturaleza. "Es entonces cuando el clero pierde su fuerza", —dice Barreda—, "pues el hombre a medida que se va superando va pidiendo explicaciones".

Esta "emancipación mental" no fué comprendida por el clero. Si el clero hubiera podido ver en aquel tiempo, con la claridad que hoy percibimos nosotros, la "brecha que estas investigaciones científicas iban abriendo en el complicado edificio que a tanta costa habían logrado levantar, y que con tanto empeño procuraban conservar... se hubiera apresurado a matar esas luces donde quiera que pudieran presentarse y por inconexas que pudiesen parecer con la doctrina que se deseaba salvar".

Sin embargo, aún cuando se oponía el clero a todo progreso de la ciencia, después de árdidas luchas, ésta triunfará logrando el positivismo por medio de la educación unificar las conciencias y formar un núcleo de hombres que se servirán de él para guiar los destinos de México.

Los liberales al defender sus ideas invocaban las palabras de Barreda: "venimos a poner una bandera, la de la ciencia, donde otras han caído por su propio peso, o por la acción corrosiva del negativismo". Es decir, los positivistas vienen a acabar con la anarquía reinante, ya que la verdad quedaría plenamente demostrada en el positivismo.

Sólo se podrían resolver estos problemas y conseguir la unión entre los mexicanos, mediante una educación completa, ya que Barreda considera que la falta de esta educación es la que conduce a los hombres hacia falsas ideas; y por otra parte, a que cada individuo, tratando de ponerlas en práctica, va a la discordia y por lo tanto a la separación en partidos.

El plan educativo propuesto por Barreda, es el de una unidad en la educación al fin de que no haya diversas ideas políticas, sino como dice Barreda "un fondo común de verdades", y sobre estas verdades deberán los mexicanos fundar su criterio, ya que una sociedad con los mismos principios científicos no puede conducir al desorden.

Para lograr la unificación educativa en la sociedad, deberá empezarse desde el principio y así el 2 de diciembre de 1867 se dicta una ley que reglamenta la educación primaria, la preparatoria y la profesional. La Escuela Preparatoria era considerada como escuela independiente y de suma importancia porque "a la edad en que se acostumbra hacer los estudios preparatorios, es la propia para satisfacer esta necesidad de la sociedad actual".

El 12 de agosto de 1886 el entonces director Dr. Manuel Rocha introduce en el Colegio Civil de Monterrey los racionales y filosóficos programas implantados por Gabino Barreda.

En esta época surge la egregia figura de ese gran maestro que con su sabiduría dirigió los pasos de la juventud nuevoleonense durante más de cuatro décadas: ¡El Ing. Francisco Beltrán!

Nació el Ing. don Francisco Beltrán en México, D. F., el 2 de abril de 1862. Fueron sus padres don Adolfo Beltrán y doña Josefina Otero de Beltrán, ambos de ascendencia española, y ella, según se cree, con algún parentesco remoto con el insigne don Mariano Otero, uno de los geniales precursores del juicio de amparo.

Los esposos Beltrán tuvieron ocho hijos varones, pero sólo tres de ellos llegaron a la edad adulta, y el Ing. Beltrán, el mayor, sobrevivió por muchos años a sus dos hermanos.

Francisco Beltrán hizo sus estudios primarios en el Liceo Fournier, de la ciudad de México, prestigiado Instituto de aquella época, por los años de 1868 a 1876. En 1877, sin consulta previa con sus padres y atendiendo sólo a su natural inclinación, solicitó su ingreso en el ya glorioso Colegio Militar, y no obstante carecer de la edad y de los estudios formales previos retadoramente aceptó someterse a un examen extraordinario de admisión, el cual pasó con tal brillantez, que le permitió su entrada inmediata.

El entonces joven Beltrán continuó así su actividad escolar en el Colegio Militar, en donde permaneció de 1877 hasta 1884, año en que obtuvo su título de **Ingeniero Civil**. Durante toda su carrera obtuvo notas de "sobresaliente" —la más alta que se daba en aquel Instituto— en todas y cada una de las materias que cursó. Su vocación al estudio y su claro talento lo colocaron en el sitio superior que desde entonces ya le correspondía y que iría a conservar por el resto de sus días.

Como en sus éxitos escolares, su fuerza de carácter también se manifestó desde sus años mozos, no sólo admitiendo su responsabilidad infantil, pero propia y decidida, al escoger la carrera que estudiaría, sino también recibiendo honores militares en el Colegio de San Jacinto, pues fue ascendido a Cabo en 1879, a Sub-teniente en 1880, a Teniente en 1883, y después a Mayor, grado que conservó hasta 1901, en el que dejó de prestar sus servicios formales al Ejército de la República. Con el grado de Mayor formó parte del Cuerpo de Ingenieros del Estado Mayor Especial del Colegio Militar.

Al recibir su título profesional, el Ing. Beltrán fue nombrado para integrar la Comisión Geográfica Exploradora, que por cuenta y orden del Gobierno de México se ocupaba de levantar y rectificar los planos de los diversos Estados del Norte de la República. Sirvió dos o tres años en esta tarea, siempre en la zona de Tamaulipas.

Por aquel entonces, el Gobernador de Nuevo León, Gral. don Bernardo Reyes, solicitó de la Secretaría de Guerra los

servicios de un ingeniero que salido del Colegio Militar tuviera los mejores antecedentes escolares, para contar con su dirección técnica en la realización de una serie de obras públicas trascendentales para el Estado, que ya exigía su visión constructiva de gobernante progresista. La Secretaría de Guerra, después de recabar los informes del caso, recomendó al Ing. Francisco Beltrán y así fue como, en forma accidental y para fortuna nuestra, este personaje llegó a Monterrey en el año de 1887.

El Ing. Francisco Beltrán contrajo matrimonio en el año de 1895, con la Srita. Sara Joseph; de esa unión hubo 4 hijos: Francisco (fallecido en junio de 1961), Leticia, casada y radicada en la ciudad de Monterrey; Sara, casada y radicada en Monterrey; el señor Lic. Godofredo L. Beltrán que ocupó el cargo de Oficial Mayor de la Secretaría Particular de la Presidencia de la República durante el período del General Cárdenas; Oficial Mayor del Departamento Central, cuando era Regente del mismo el Lic. Raúl Castellanos; Secretario General del Gobierno del Estado de Nuevo León, durante el último año de gobierno del Lic. Arturo B. de la Garza; actualmente es Magistrado del Superior Tribunal de Justicia del Distrito y Territorios Federales.

El Ing. Beltrán realizó su primer trabajo para el Gobierno del Estado a concluir el Puente de la calle de Zaragoza, para resolver el problema urbano que por entonces creaba el arroyo proveniente de los ojos de agua que existen en el centro de la ciudad y que ahora forma la Alberca Monterrey, el cual dividía perjudicialmente a la población. Después participó nuestro biografiado en trazar el plano de la ciudad. Parece que su labor comprendió el planeamiento de las calles que están, de la del 5 de Mayo, aproximadamente, hacia el Norte, incluyendo la hoy Calzada Francisco I. Madero, considerada como demasiado amplia y extensa para la época, pero que al correr de los años sólo ha confirmado la visión que tuvo quien la ideó y su fé en el progreso de nuestra ciudad, ya que ahora constituye nuestra Avenida más importante.

Merecen especial mención los trabajos del Ing. Beltrán

para rectificar y precisar los límites del Estado de Nuevo León, obteniéndose que a iniciativa suya, los Gobiernos de Nuevo León y Coahuila se cedieran recíprocamente partes de territorio para lograr que el Estado de Nuevo León fuera fronterizo, mediante la creación de la Congregación de Colombia.

También construyó el edificio público de más mérito y de mayor belleza en todo el Norte de la República, el Palacio de Gobierno, modelo de arquitectura neoclásica, del más refinado estilo, que aún hoy sigue siendo el mejor de nuestros monumentos públicos y me atrevo a pensar, será de las cosas que perduren para orgullo de nuestra ciudad mientras los siglos lo permitan. Construyó igualmente la vieja Penitenciaría del Estado, ya derruida, la casa que habitó por muchos años el propio Gral. don Bernardo Reyes por la calle de Hidalgo, y el antiguo Casino de Monterrey, infortunadamente consumido por un incendio a principios de siglo; todo esto además de otra serie de trabajos y obras públicas de singular utilidad social.

Después y casi hasta su muerte fue eficiente Consejero del Departamento de Agua y Drenaje.

Estaba atento a los sucesos que afectaran los destinos de su Patria y opinaba sobre ellos con ponderada discreción. Cuando el usurpador Huerta se apoderó de la Presidencia de México, al igual que en la ciudad de México, buscó en provincia personas de prestigio que sirvieran de sostén a lo que su desprestigiada personalidad no podría sostener, y así intentó que en el Estado de Nuevo León lo ayudara el nombre y el carácter del Ing. Beltrán. Este, correcta pero decididamente, rehusó el ofrecimiento y, conocedor del hombre, prefirió abandonar el territorio nacional, para evitar cualquiera contingencia grave, desterrándose voluntariamente a Nueva Orleans. Allá permaneció un año. Todo su tiempo lo ocupaba, rodeado de libros, en la Biblioteca Pública, ampliando su ya vasta cultura, y con una voluntad sin límites, por sí solo aprendió el alemán con la mayor perfección. En aquel destierro gastó todos sus ahorros reunidos en años de trabajo; pero una vez viendo al Lic. Querido Moheno —ex-ministro

de Huerta— por las calles de Nueva Orleans, jubiloso anunció a su esposa su regreso a México. El usurpador había caído y la desbandada de sus secuaces se había iniciado. Los hombres libres podían volver a su patria.

En aquel profesionista que tanto renombre alcanzó en sus labores técnicas, no sucumbió al éxito, ni a la tentación de numerosas ofertas que pudieron haberlo llevado a una vida de compensaciones materiales más amplias. Su vocación decidida, de verdadera renunciación, estaba en el magisterio. A éste dedicó, con desinterés incomparable, sus mejores años y sus mejores entusiasmos. Su cultura bien cimentada y su inquietud intelectual constante hasta su muerte, hicieron de él el más valioso y brillante profesor de su época.

Apareciendo en labores docentes por vez primera es nombrado como Profesor en el año escolar 1887-1888, para la cátedra de Matemáticas. Sus grandes posibilidades pedagógicas pronto fincaron su prestigio, y por esto, luego aparece enseñando Español (en el curso de Retórica y Composición), Geografía, Cosmografía, Astronomía y Francés, idioma éste que llegó a dominar como el suyo propio, y más tarde las asignaturas que elevaron su nombre a imponderable altura: Lógica, Psicología y Moral, y por último, Historia de la Filosofía. Además, eventualmente suplía a otros profesores que transitoriamente dejaban sus cursos, continuando éstos con superada maestría.

Fué además, Director del Colegio Civil durante los años de 1905 a 1906, y de 1915 a 1917, realizando una excelente labor administrativa.

Su carácter, desde su juventud, fue siempre duro y enérgico, pero con dureza y energía necesarias para que su labor magisterial fuera lo más fructífera. Con verdadera severidad exigía a sus alumnos el cumplimiento de su deber al igual que como lo hacía con su propia persona, pero en ello radicaba una de sus más grandes cualidades, al orientar esta fuerza al mayor éxito pedagógico. Era bondadoso y amable, dentro de su austeridad, con el alumno estudioso; agrio y difícil con el perezoso; pero compensaba con largueza los

esfuerzos de los buenos estudiantes con calificaciones que eran su mayor timbre de gloria.

Nadie mejor que los alumnos para hablarnos del maestro, el Lic. Raúl Valdés Villarreal lo describe así: "Más bien bajo de cuerpo, de amplias y rectas espaldas, con su cabeza limpia de pelo, sólo rodeada de canas rizadas y venerables, haciendo juego plástico y homogéneo con su barba y su bigote, que daban a su faz especial distinción. Su mirada, a través de sus anteojos, era aguda y penetrante; su voz grave e imperiosa, acompañada con gestos y ademanes sobrios pero expresivos, constituían un marco adecuado a sus elocuentes palabras y así, sus conferencias y explicaciones socráticas tenían un poder de sugestión y una amenidad e interés incomparables".

Otro de sus alumnos, un maestro muy querido a quien las juventudes actuales han escogido como guía, nuestro Director el Dr. Mateo A. Sáenz, que en "Vida Universitaria" de fecha 6 de Noviembre de 1957 con el título de "Añoranzas del Colegio Civil, 1918-1924", refiriéndose al Ing. Beltrán dice: "El Ing. Beltrán, con su barba partida y su calvicie, con su porte militar y el prestigio de severidad de que estaba rodeado, con sus tics característicos, nos daba francés.

A su paso por los corredores, los alumnos sentados en las bancas se ponían respetuosamente de pie, y saludaba. Sabía francés y sabía enseñarlo. Exigía que el alumno estudiara, y sabía cuando no lo hacía sin siquiera preguntarle algo, teníamos miedo que nos viera porque parecía leer dentro de nosotros. Metódico aún en los menores detalles, creaba hábitos en su clase, hábitos de disciplina, de trabajo, de orden... Lo respetábamos y lo admirábamos. La incapacidad o mala fé de algunos de nosotros lo hacía mesarse los cabellos en típica e inconfundible actitud. Fue después maestro de nuestra generación en diversas clases, incluyendo logaritmos y coronando su obra con Lógica, Ética y Psicología. Nos formó filosóficamente e influyó más en nosotros que todos los demás maestros juntos. Fuera de la cátedra sabía ser amigo de sus alumnos. Yo tuve el honor de que me distinguiera con su amistad personal. Los compañeros cuando

veían que alguno de nosotros, lo distinguía con su amistad, se ponían celosos y "motejaban" de Pichón al que se encontraba en ese caso. "Pichón" era equivalente a consentido. El miedo nos paralizaba al principio y nos impedía acercarnos a él con frecuencia, pero una vez hecho esto la primera ocasión, nos sentíamos con tanto confianza como el más jovial de nuestros maestros. Oía nuestras objeciones o réplicas con franciscana paciencia y sabía dar a su rostro una bonachona expresión que invitaba a que el alumno "se vaciara" con todas sus dudas, para después con método, con inflexible argumentación, ir destruyendo una por una todas nuestras dudas en forma tan clara, que no quedaba en nuestra mente la más leve inquietud. Tenía el don de convencer. No recurría a la emoción, sino en muy contadas ocasiones; sus argumentos eran silogismos irreprochables, inflexibles, nítidos, que satisfacían plenamente la razón. Sus conocimientos eran amplísimos, y abarcaban todas las ciencias. Nos dejaba boquiabiertos. No era el maestro "de un solo libro", era simplemente el Maestro, así con mayúscula".

Su amistad con los Catedráticos de esa época (Profrs: Mariano de la Garza, Germán Almaráz, José G. García, Emilio Rodríguez, Federico B. Uriarte, Macario Pérez, Roberto F. Quintanilla y Jesús Colunga, los Doctores José Luna Ayala, Jesús Gómez Flores y Francisco Guajardo Martínez, los Licenciados Manuel González Salinas, Juan N. de la Garza y Evia, Macedonio Tamez y los Ingenieros Faustino Roel y el Gral. Ramón Toffe) que siempre lo reconocieron y admiraron, fue cordial aun fuera de las Aulas y los que convivieron con él hasta su muerte dieron durante el sepelio muestras de emoción.

La enseñanza de toda disciplina filosófica implica siempre una postura que la oriente, si bien con suave matiz tratándose del pensamiento ajeno, en cambio con perfiles decididos en la labor crítica. Esta afirmación es tanto más exacta cuanto más definida es la postura filosófica del pedagogo. El Maestro Beltrán no podía escapar a esta actitud, y consecuentemente, en sus lecciones de Lógica, Psicología, Moral e Historia de la Filosofía, encontramos inseparable la orien-

tación de su pensamiento positivista.

Conocedor profundo de las ciencias experimentales, que eran su material de trabajo cotidiano, encontró en ellas el apoyo que exigía su rumbo filosófico, y así, en el frenesí cientifista de aquellos años, la observación y la experiencia se afirmaban en sus convicciones como los únicos títulos posibles para un conocimiento válido.

El positivismo tuvo en nuestro país un éxito inusitado, como también lo había tenido en Europa, y no puede negársele su influencia e importancia cuando suministró el contenido intelectual a las tendencias liberales de la Reforma, y aún más, al imponerse en la enseñanza preparatoria con técnica de indudable eficacia, a través de la clasificación comtiana de las ciencias abstractas. Este programa educativo, que Gabino Barreda elaboró, trascendió al país entero y subsistió entre nosotros, casi en su trazo integral, hasta 1927.

A principios del año 1933 cuando Monterrey, se entusiasmaba ante el proyecto de la creación de la Universidad de Nuevo León, se nombró una comisión organizadora de la cual el Ing. Beltrán fue nombrado vocal. El 25 de febrero fue distinguido en unión del Ing. Spencer Holguín para integrar la comisión, que con fecha 3 de julio presentó el proyecto para establecer el primer año de estudios de la carrera de Ingeniería Civil.

Por la creación de la Universidad trabajó asiduamente. A pesar de que ya para entonces se sentía muy enfermo, vemos su nombre en las reseñas que daban informes sobre los trabajos realizados.

El día 4 de octubre, abre con gran júbilo sus puertas la Universidad, y en estas fiestas estuvo presente el Ing. Beltrán participando de la alegría general.

Fue su última participación, pues al volver a su casa se sintió muy enfermo y pese a los esfuerzos de los médicos que le asistieron aunando el saber a su gratitud al maestro, falleció el 8 de enero de 1934 a las 16.30 horas.

La noticia de su muerte circuló rápidamente en la ciu-

dad. Autoridades civiles y militares a la par que el estudiantado se apresuraron a rendirle póstumo homenaje.

La capilla ardiente fue instalada en la Escuela Normal, de donde también había sido Catedrático por muchos años, pues el Aula Magna de la Universidad estaba apenas en construcción.

El día 9 se formó una valla de estudiantes, desde el domicilio del extinto maestro (Ruperto Martínez 435 Pte.) hasta la Escuela Normal en donde se reunió el Consejo Universitario en sesión solemne presidido por el Rector Lic. Héctor González, a esta sesión asistieron el Gobernador del Estado, Lic. Pablo Quiroga, el Presidente Municipal Ing. Plutarco Elías Calles Jr., Diputados Dr. Pedro Serna Garza, Heriberto Montemayor, Presidente del Supremo Tribunal Lic. Daniel Guerra y el Magistrado Lic. Francisco Cantú Cárdenas.

Sus restos descansan en el Panteón del Carmen. Fue un Maestro íntegro y desinteresado, que entregó a muchas generaciones el fruto de su experiencia. Un Maestro que consagró toda su existencia en bien de la juventud, y cuyo fruto están recogiendo los estudiantes de hoy al través de muchos de sus maestros actuales que, inspirados por su ejemplo y nutridos en sus lecciones, las actualizan y transmiten formando juventudes sin prejuicios ni fanatismo que ponen su confianza en una humanidad mejor, basada en la ciencia al servicio del pueblo.